



## **Agradecimientos**

A Marta, por la portada (y muchas cosas más que ella sabe).

A Toñi, por su ayuda con la documentación.

A Melani, por su ayuda en la corrección y revisión.

A Ángela, por su inquebrantable fe hacia mi humilde persona.

A Elena, por leerme y corregirme desde la primera línea.

A Charo, sin ella, mis intentos de escribir habrían muerto.

Y a todos aquellos chicos que no sois como los que salen por estas líneas y que demostráis que no existen historias solo para chicos o historias solo para chicas.

# Simplemente yo

Prólogo.....p. 4

I – Me gustas.....p. 5

Tras mucha indecisión, Esther consigue reunir el valor necesario para declararse al chico que le gusta.

II – Hermanas.....p. 11

Terminada la mañana de instituto, toca la vuelta a casa. Con un padre absorbido por su trabajo y una madre por la que no se siente comprendida, a Esther sólo le queda el consuelo de refugiarse en su hermana mayor: Laura.

III – Álgebra.....p. 15

A pesar de la falta de ánimos, los deberes escolares no perdonan. Esther tendrá que olvidar el pésimo día que ha pasado y hacer los deberes de matemáticas y literatura.

*«Nadie censura, en efecto, a los que son feos por naturaleza, pero sí a los que lo son por falta de ejercicio y abandono. Y lo mismo ocurre con la debilidad y los defectos físicos: nadie reprendería al que es ciego de nacimiento, o a consecuencia de una enfermedad o un golpe, más bien lo compadecería; pero al que lo es por embriaguez o por otro exceso, todos lo censurarían.»*

Aristóteles

## I-Me gustas

La luna iluminaba tímidamente el cielo. La fuerte luminosidad del alumbrado público madrileño hacía que sólo se viesen media docena de estrellas en el firmamento. Eran casi las 7 de la madrugada y era un lunes como cualquier otro lunes. No había nada que lo diferenciase de cualquier otro día.

La historia que vamos a contar, puede decirse que ocurrió no hace tanto tiempo. Empieza en un 2º piso de un edificio normal de casas, en la habitación de Esther, cuando su alarma empieza a sonar, recordándole que ha de levantarse para ir al instituto.

*No es lo mismo arte que hartar, no es lo mismo ser justo que ¡qué justo te va!*

Sí, eran ya las 7, hora de levantarse. La alarma no perdonaba, no olvidaba. Al menos, esta tenía la opción de despertarte con la radio. Sí, podías dejar una emisora preparada, y Kiss FM era una magnífica opción. Desde luego, muchísimo mejor que el clásico chirrido estridente, que lo único que conseguía era sobresaltarte. Un brazo salió perezosamente de debajo de las sábanas color frambuesa en busca de la radio. Consiguió localizarlo y darle un buen manotazo.

-Cinco minutos más, porfi...

La figura de Esther se confundía con las sábanas y la colcha, totalmente arrugadas. Su negro y rizado pelo apenas dejaba ver nada de la maltrecha almohada. Por mucho que quisiese alargarse más los minutos de sueño, el reloj no detenía su avance, volviendo a sonar a todo volumen:

*Hoy no me puedo levantaaaaaar.*

Bueno, era difícil que la canción fuese más apropiada para el momento. Tampoco es que la noche anterior hubiese estado de juerga, la verdad. Con desgana, se levantó de la cama tirando al suelo parte de la sábana. Apagó el despertador definitivamente y fue hacia el baño para hacer

un pis y lavarse un poco la cara, con el objetivo de quitarse algo de sueño de encima. Echó el cerrojo, casi más por la fuerza de la costumbre que por otra cosa. Dentro, se encontró con su propio reflejo en el espejo. Tenía una masa de rizos negros alborotados, una nariz pequeña y unos ojos castaños. En su piel se veía la marca del dichoso acné que implicaban sus 15 años.

-Joder, qué pelos de loca tengo, Dios mío. Y vaya careto. Necesito una ducha urgente. Y bastante maquillaje, creo.

Volvió a su habitación, para escoger bien la ropa que llevaría hoy... le costó decidirse bastante, pero finalmente encontró algo que le hiciese verse menos gorda. Trataba de no obsesionarse con su figura, pero la verdad era que, por culpa de su maldito metabolismo, estaba más que rellenita. No hubiese sido tan grave de no ser por las burlas, insultos y demás que sus simpáticos compañeros de 4º de la E.S.O. le brindaban casi cada día. Trataba de buscar el lado bueno de las cosas, de enfrentarse al mundo con valentía y optimismo, pero no siempre lo conseguía. Eso provocaba miles de inseguridades en ella, que cada día se volviese más retraída y que se encerrase en su pequeño mundo perfecto e imaginario donde podía estar a salvo. Cada vez hablaba menos de sus problemas, se encerraba más en sí misma, aún sin darse cuenta. Pero aún no estaba todo perdido. Su hermana mayor siempre le hacía de confidente. "Tú no les hagas caso" solía decir "sólo son un montón de gilipollas sin cerebro".

Desnuda bajo la ducha, trataba de poner sus ideas en orden, de ver el montón de cosas que quedaban por delante, de las pequeñas cosas que todavía valían la pena, de las cosas que planeaba para la semana. Era su forma de darse ánimos, mientras canturreaba y se enjabonaba. "Si no me animo yo, ni trato de motivarme, nadie lo hará por mí" solía pensar.

\*\*\*\*\*

Como casi siempre, salió a todo correr del portal. Remolonear tanto en la cama tenía sus consecuencias, y las pagaba yendo siempre con el tiempo justo. Tenía que llegar a la parada del bus de línea antes de que este pasase. Por suerte, aún no había llegado y le dio tiempo a terminar de comer un croissant que había cogido de la cocina. Raro era el día que podía permitirse desayunar decentemente en casa, pero no se podía tener todo. Y casi siempre terminaba eligiendo dormir un poquito más. ¡Se estaba tan a gusto bajo la colcha!

El bus pasó puntual. Mejor, el día que se retrasaba o lo perdía, solía pillar demasiado atasco para salir, con lo que ya era imposible llegar a clase a la hora. Ya en su asiento, no podía dejar de recordar las charlas que le solía echar su madre por el hecho de gastarse el dinero en el dichoso abono transportes cuando tenía una ruta escolar completamente gratuita. “Así podrías desayunar tranquila” solía decir.

Sí, era cierto que había una ruta escolar que no te obligaba a madrugar tanto. Y que no daba todo el rodeo del transporte público ni hacía tantas paradas. Encima, tenía que gastar sus ahorros de lo que ganaba como cajera en el verano, ya que sus padres no se lo querían pagar. Pero odiaba la ruta escolar. Lo peor del insti se juntaba allí, era insufrible. Le tiraban canutos, le llamaban gorda, vaca, zampabollos, le lanzaban bolas de papel dibujándola como una gran bola tetona... y el conductor, se limitaba a su labor, no solía tratar de imponer el orden.

Esto no significaba que todas las burlas, todo el acoso, todos sus problemas se redujesen a la ruta escolar. Simplemente, era uno de los que podía evitar fácilmente. En el metro nadie la señalaba con el dedo, nadie la criticaba. Era la diferencia entre la gente ya adulta y unos quinceañeros. Al menos, eso le solía decir su hermana. Era su forma de darle ánimos.

Sinceramente, solía pensar que su hermana lo había tenido más fácil. Era lista, guapa, delgada. Y cuando ella estudiaba, solo era obligatorio hasta los 14 años. Los imbéciles que sólo iban porque no les quedaba más remedio, no tenían por que continuar. Ahora no, con la E.S.O. habían añadido 2 años más. Dos años más de tortura, teniendo que aguantar a un montón de indeseables que solo iban por obligación y que le hacían la vida imposible sólo por el hecho de ser diferente. En este caso, por su figura.

Como cada día, del bus de línea, pasó al metro. Allí aprovechaba los viajes para cerrar un poco los ojos y medio dormir. Sí, medio dormir, porque ya más de una vez se había pasado de parada por dormirse del todo. Le gustaba el metro. A veces, en lugar de cerrar los ojos, los abría para ver a la distinta gente que surgía frente a ella y trataba de imaginar sus historias: era como ver la vida pasar, una forma de olvidarse de sus problemas. Hoy, por ejemplo, había un joven dibujando a bic sobre su cuaderno. La gente lo miraba raro o lo ignoraba. Era la gran ciudad, todo

el mundo iba a su bola. Seguramente, era un estudiante rematando algún trabajo para la universidad, pero a ella le gustaba imaginar que estaba creando algún maravilloso mundo de fantasía donde todo fuera posible.

\*\*\*\*\*

La campana sonó, dejando sordos a gran parte de los alumnos que aguardaban en el patio. Era difícil imaginar un sonido más desagradable. Más que la campana de un instituto, parecía una sirena de un campo de concentración de la II Guerra Mundial. El edificio era algo viejo, sucio, destartado pero funcional. Y, sin embargo, no era su aspecto cochambroso lo que le convertía en lugar tan terrible a los ojos de nuestra joven. No. Eran las amargas experiencias, los malos ratos, la tortura por la que sus compañeros la hacían pasar cada día.

Desde cierto punto de vista, no le quedaba más remedio que dar la razón a su hermana: sólo era una minoría ruidosa. Veía a otros a los que también acosaban, solo por el hecho de ser diferentes: al friki, al raro, al afeminado... pero eso no le servía de consuelo. Se veía como un mero juguete usado para la diversión de unos cuantos energúmenos. Mejor no pensar en ello, y tratar de sobrevivir, un día más.

Las clases se desarrollaban casi sin novedad. Su vida, en el fondo, no dejaba de ser más que una rutina con pocas variaciones: Si no le tiraban del pelo desde el pupitre de atrás, le lanzaban las clásicas bolitas gracias a los improvisados canutos a base de bolis bic. Aunque hubo días peores. Alguna vez le habían clavado la punta del compás en el brazo. En algún recreo la alzaban en volandas entre varios. ¡Panda de brutos! Pero siempre había sobrevivido y pensaba seguir haciéndolo. Sólo tenía que fijar su atención hacia algo más agradable. En este caso, dirigió sus pensamientos hacia Pablo.

Pablo era uno de los pocos chicos del insti que había conseguido captar su atención: simpático, tranquilo, no se metía con nadie... y hasta era guapete. Hacía ya casi un mes que le había echado el ojo, aunque el trato con los chicos no se le acababa de dar demasiado bien. Una chica como ella no encajaba con lo que buscaban los chavales de su edad. Ya en tercero de primaria había sufrido su primer desengaño. Era uno de aquellos recuerdos amargos que



preferirías no tener que haber vivido. Sólo con decir que se pasó una semana dibujándose delgada y escribiendo “tengo que ser así” al pie de dichos dibujos, queda dicho todo.

La hora del recreo había llegado. Durante toda la semana anterior había ensayado en casa, buscando las palabras más adecuadas para acercarse a Pablo. No podía negar que tenía miedos, inseguridades, vergüenza, timidez y mil cosas similares, pero había oído decir que la fortuna ayudaba a los valientes. Y no quería estar sola siempre.

Proponerse algo y hacerlo eran dos cosas muy distintas. Al verse frente a Pablo las palabras se atascaron en su garganta. No se atrevían a salir. El momento se le hacía eterno, se sentía completamente ridícula, observada. Deseaba que la tierra se la tragase. Por fin, de su boca salieron dos silabas, tartamudeadas, silenciosas, como un hilillo casi imperceptible:

- Ho... ho... hola.

- Hola -contestó Pablo. Su tono de voz, aumentaba la tensión del momento. Puede que fuese un “hola” normal y corriente, pero los nervios estaban a flor de piel y cualquier cosa bastaba para ponerla aún más nerviosa, si es que esto era posible.

- ¿Sabes? -preguntó ella- Hace tiempo que te vengo observando. Pareces un tío majo, simpático, distinto al resto. Bueno, lo que quiero decir es que... que... que

- No sigas, por favor. -cortó Pablo- Eres una tía genial, en serio. Pero no me digas lo que estoy pensando. No puede ser.

- ¿Por qué no? -trató de decir, mientras intentaba disimular las lágrimas frente a tales calabazas. Ni siquiera le había dejado terminar la frase. Agarró todas sus fuerzas y esperanzas, para lanzar una última pregunta, entre contenidos sollozos- ¿Hay otra? ¿Ya sales con alguien? -Si tan sólo fuera eso. Al menos, podría soportarlo. Que alguna se le hubiese adelantado. Pero, por favor, que no fuese por ella. ¿Deseaba realmente saber la respuesta a aquella pregunta?

- No... no es eso... verás... los chicos hablan y... no quiero ser el hazmerreír... yo... ahora estoy bien... pero... si salgo contigo... me dirán... dirán... y... no sé si podría sobrellevarlo. ¡Pero, en serio, tú me gustas! Pero yo...

No pudo escuchar más. No quiso oír una sola palabra más. Aquello era lo más cobarde que había oído en su vida. O al menos, así lo vivía. Salió corriendo de allí, para llorar a gusto en

un lugar donde nadie la viese. No quería mirarle, no quería oír nada. Encima, las risas de los que habían presenciado la escena llenaban el patio. Muchos comentaban la jugada, compitiendo por quién hacía el comentario más ingenioso. Corrió, corrió y corrió, hasta llegar al cuarto de baño. Entró, cerró la puerta con el pestillo y empezó a llorar amargamente, deseando borrar los últimos minutos de su vida. Deseando estar sola. Deseando ser normal.

## II-Hermanas

El humo de las lentejas nublaba parcialmente la cocina. El silencio reinaba, solamente interrumpido por la voz de Olga Viza en las noticias de la 3. Nadie decía nada, y no parecía hacer falta. No estaba el horno para bollos.

Esther mareaba el plato, dándole vueltas lentamente con la cuchara, sin animarse a comer nada. Estaba seria, abstraída, decaída, sin ganas de nada. Aunque no quería hacer ver que había estado llorando, cualquiera que la conociese bien sabía que algo había pasado. Además, el rimel de las pestañas se había ido con tanta lágrima y, aunque se había lavado la cara, aún quedaban rastros que la delataban claramente.

-¡Deja de pensar en las musarañas y come de una vez, niña! ¡Que se enfrían las lentejas!

Esther suspiró con resignación. Su madre la entendía poco, para ella no eran más que tonterías pasajeras sin importancia. Solo le daba importancia al boletín de notas, a la alimentación, a llegar a fin de mes... todo cosas prácticas, solía pensar. Pero las palabras de su madre le dolían. Vale que no hubiese hecho ninguna referencia a la desilusión que recibió de su conversación con Pablo. Pero era su madre. Y una madre se supone que debería captar esas cosas, darse cuenta del estado de ánimo que estaba ahora mismo. Pero no tenía ese nivel de complicidad con ella. Por suerte, su hermana Laura sí que la comprendía. No necesitaban decirse nada, sólo con la mirada lo sabían. La mirada de reproche que Laura había lanzado a su madre, como respuesta a semejante bufido por la falta de apetito que parecía mostrar Esther, no había tenido precio. Suspiró profundamente. Sabía que era mejor no discutir. Además, no tenía ganas. El día ya había sido demasiado duro como para encima tener bronca en casa. No le quedaba otra que comerse el plato y aguantarse. Aunque lo que llevaba peor no era el tener que tomarse las lentejas. Atrás habían quedado los días en que ponía cara de asco cada vez que había legumbres para comer. Lo que le fastidiaba no era la comida, era esa falta de conexión con su madre. Puede que también fuese culpa suya, si no fuese tan retraída, si no se limitara a contestar un simple *bien*

cuando le preguntaban como estaba. Pero no le quedaban fuerzas, ya había gastado todas las que tenía para este lunes.

Sin decir nada, terminó de comer. Más por no oír las broncas de su madre que por hambre y se fue a su habitación.

-¿No se te olvida nada, señorita?-gritó su madre, señalando a la mesa sin recoger. Habían establecido que ambas hermanas se turnasen para fregar los platos tras cada comida y hoy le tocaba a Esther.

-Hemos cambiado el turno, mamá. Así podré ganar 15 mins diarios cuando tenga mis exámenes finales. - Laura había inventado una excusa creíble antes de que su madre le pidiese explicación alguna. No quería peleas con ella ni que se liase a berridos con su hermana. Había notado algo extraño en su estado de ánimo desde que cruzó la puerta. Recogió la mesa, fregó los platos y apagó la tele, a la que nadie estaba prestando excesiva atención. Lo más fácil estaba hecho, lo difícil tocaba ahora. Se preguntaba si Esther querría hablar de lo que fuera que había pasado hoy. Tenía que intentarlo, si la mandaba a la mierda no se lo reprocharía. Se acercó a la habitación, cerrada, como estableciendo una frontera con el mundo exterior. Aún así podía escuchar el último single de Christina Aguilera que Esther había comprado hace unas semanas en El Corte Inglés. Desde que la artista lo había publicado, hacía apenas un par de meses, Esther había convertido ese pequeño single en una especie de himno personal.

*Everyday is so wonderful, then suddenly it's hard to breathe*

*Now and then I get insecure, from all the pain I'm so ashamed*

*I am beautiful, no matter what they say, words can't bring me down*

El hecho de que sonase a todo volumen, era una mala señal. Sea lo que fuera lo que hubiese pasado, tenía que ser muy, muy gordo. Laura tomo aire, y llamó a la puerta con los nudillos.

-Cariño, soy yo.

No se oyó respuesta alguna. Más bien al contrario, el único signo que se apreció fue que el volumen de la música subió de forma considerable.

*And everywhere we go, The sun will always shine*

*And tomorrow we might wake on the other side*

Aquello no presagiaba nada bueno. Algo gordo atormentaba la cabeza de su hermanita y no podía forzarla a hablar si no quería, pero tampoco pensaba dejarla en ese estado en el que se encontraba. Suspiró profundamente y con un movimiento lento pero seguro, llevó su mano al picaporte de la puerta, tanteando si hacía resistencia, no fuese que el pestillo estuviera echado. Por suerte no lo estaba, y abrió la puerta con toda la suavidad que pudo, cerrándola tras de sí. Como si no la hubiese oído, allí seguía Esther, sentada, mirando al vacío, como abstraída, frente a su reproductor de CD's. La habitación seguía bastante desordenada, como muestra de las prisas con las que había salido por la mañana. A pesar del desastre de ver las sábanas por el suelo y el pijama a medio recoger, no se podía negar que su cuarto era bonito. Con sus estanterías pobladas por libros, CD's y cómics, sus cuadros de paisajes y las fotos que llenaban la pared formando un magnífico mural, le daban un toque de especial originalidad, al que sumaba el tono de color de las paredes: blancas unas, marrones otras. Laura se había sentado en la cama mirando todo esto, sin saber cómo empezar. Puede que importase menos las palabras que usase que el hecho de estar ahí, pero aquel silencio eterno, solo interrumpido por la música del CD, empezaba a incomodarla.

-¿Te he contado alguna vez el día que traté de ligarme al portero de la disco? Tenía 19 años recién cumplidos y estaba tratando de hacerme la sexy. No me fijé donde pisaba y con los taconazos que llevaba, no sé que fue lo que pisé que me pegué la leche del siglo. ¡Y en plena calle Alcalá, con la de gente que pasaba! La gente tratando de contener la risa y el chico ya ni te cuento. ¡No recuerdo la última vez que me sentí tan ridícula! ¡Me quería morir!-Su risa sonó, algo forzada, buscando alguna clase de respuesta sin encontrarla-Lo que quiero decir, es que todos pasamos por días malos, por días en que parece que el mundo entero te mira y se ríe. Y en ese momento lo pasas fatal, lo sé. Pero se pasa, créeme. ¿Quieres contármelo? Si no, no pasa nada, pero seguro que te viene bien desahogarte un rato.

Según había ido hablando, la velocidad de sus palabras había ido disminuyendo, el tono de su voz había ido cambiando, adquiriendo un tono más serio, más de confianza. Su lenguaje

corporal también mostraba esta cercanía. Había llevado sus manos hacia las de su hermana, mirándola tiernamente. La canción había terminado ya hacía rato y durante unos minutos eternos, el silencio se adueñó de la estancia. Esther terminó rompiéndolo, con un tono triste, casi entre sollozos.

-¿Los tíos son siempre unos cabrones o sólo cuando tienen 15 años?

-Siempre, créeme. Alguno habrá que se libre, pero aún no he conocido ninguno que no piense con la entrepierna, la verdad.

-¿Sabes? Pensé que por esta vez sería diferente. Pablo parecía tan distinto a los demás... y ha terminado siendo el peor de todos.

-No debes dejar que te afecte nada de lo que digan. La mayoría no son más que unos gilipollas con tan poca personalidad que sólo hacen aquello que dicta el grupo popular. Tú tienes tu propia personalidad, tus propios valores, eres única y no te amoldas a lo que esta de moda únicamente por seguir una tendencia. Si ese tal Pablo no es capaz de verlo, es que es el rey de los imbéciles. ¡Mi hermanita vale un mogollón y quien diga lo contrario tendrá que vérselas conmigo!

Esther se alegraba de tenerla. Siempre sabía cómo animarla, cómo hacerla sonreír. Incluso en momentos como aquel, en los que se aislaba del mundo entero, su hermana siempre encontraba el modo de conseguir encontrar una brecha por la que llagar hasta su corazón. Mientras se abrazaban, sentadas en la cama, pensaba que tenía más suerte que la mayoría. No todo el mundo tenía alguien con quien desahogarse, alguien que acudiese en su auxilio, incluso sin ser llamado. No la cambiaría por nada en el mundo.

### III-Álgebra

La tarde había avanzado mucho desde que Esther y Laura habían charlado. Aunque no se puede decir que se le hubieran pasado ya todos los males, al menos había tenido un hombro donde llorar. No siempre la relación con su hermana había sido así de buena. Recordaba cuando eran pequeñas, como se pegaban, se hacían de rabiar, se tiraban de los pelos o robaban cosas de la habitación de la otra, y la de veces que su madre las había tenido que castigar sin cenar, encerradas cada una en su habitación. Y como la cabreasen de verdad, no se libraban de recibir una buena zurra. Al crecer, todo eso había cambiado. Habían empezado a soportarse, luego quererse hasta llegar al punto de ser casi como íntimas amigas, necesiéndose mutuamente mucho más de lo que estaban dispuestas a admitir. Quizás Laura tenía razón, que la gente cambiaba al crecer. Solía decir que eso era madurar, que en eso consistía realmente hacerse mayor. ¡Era tan distinta a la mayoría de adultos que conocía! La mayoría habían sacrificado lo que habían sido de niños en ese proceso que llamaban madurar, convirtiéndose en una gente aburrida y excesivamente práctica. Como sus padres. Su padre era un ejecutivo de nivel medio, no lo suficientemente importante como para ganar un sueldazo, pero sí como para no necesitar un segundo sueldo en casa para llegar a fin de mes. Sin embargo, vivía tan absorbido por su trabajo que pasaba 12 horas diarias en la oficina, como si estuviese salvando al mundo. Con suerte le veía en el desayuno o algún que otro domingo. Pensaba que así daba a su familia lo mejor, oportunidades que él no tuvo de niño... pero Esther pensaba que el precio no merecía la pena, por mucho que pudiesen comprar cosas como la Play Station 2 antes que nadie, el estar todo el día en la oficina sin ver a la familia, era algo que ella no conseguía entender. Al fin y al cabo, un domingo cada 15 días no le parecía tiempo suficiente para tenerle en casa.

- ¡Niña, baja la música! – gritó su madre, desde el otro lado de la puerta, que permanecía aún cerrada - ¡Cenamos en 45 minutos! ¡Y más vale que para entonces hayas acabado los deberes de clase o sabrás lo que es bueno! ¡No sé cómo puedes concentrarte con la música a todo trapo! ¡Me vas a poner la cabeza loca!

Su madre... su madre era harina de otro costal. Sí, ella estaba todo el tiempo que quisieras en casa... pero sólo parecía tener tiempo para cosas importantes: limpiar, recoger, ordenar, llevar las cuentas... sin embargo, tratabas de contarle tus problemas y rara vez te oía, te interrumpía o te soltaba cosas como *ponte bien la camisa, mira que pintas llevas* o *calla, que no oigo las noticias*. Si alguna vez, por algún casual trataba de contarle algún problema, como este que había tenido con Pablo, simplemente soltaba algo como *son solo cosas de adolescentes, que lleváis las hormonas alteradas*. O algo similar.

Refunfuñando, bajó el volumen de su estéreo, lo suficiente como para seguir oyendo claramente a Mariah Carey en su MTV Unplugged, un disco que había comprado con 12 años y aún hoy seguía adorando.

*I'll be there to comfort you*  
*Build my world of dreams around you*  
*I'm so glad that I found you*  
*I'll be there with a love that's strong*  
*I'll be your strength*  
*You know I'll keep holding on*

Se obligó a concentrar sus pensamientos nuevamente en las asquerosas cuentas de matemáticas y olvidarse de esa frustrante relación con sus padres. Miro la hoja de ecuaciones, preguntándose para qué utilidad tendría en la vida real encontrar cual era el valor de  $x$ , o de qué podría servir saber resolver una familia de 3 inecuaciones. No se imaginaba usándolas en su vida, y menos teniendo ordenadores que podrían hacerlas en cuestión de un segundo. Seguramente las inventarían señores que se aburrían mucho porque en sus tiempos no había ni tele, ni videojuegos, ni nada interesante que hacer.

El único de los matemáticos que más o menos le llamaba la atención era Arquímedes. Él sí que hacía cosas que molasen. Y sobre todo cosas que servían para algo. Desde luego, el hombre tenía para unas cuantas anécdotas divertidas. Se preguntó cómo sería tenerle de profesor y se lo imaginaba contando batallitas en clase: *Una vez, el rey me puso un problema tan difícil, que no supe cómo responderle. Encargó una corona de oro puro, pero creía que los fabricantes le*



*habían timado y se la habían hecho de latón, pero no tenía forma de demostrarlo, ya que pesaba igual que una de oro puro. Me quedé pensándolo todo el día. De repente, mientras me bañaba, se me ocurrió una idea tan brillante que salí corriendo... ¡sin darme cuenta de que estaba en bolas! ¡Y salí así a la calle! ¿Os imagináis la vergüenza? Otro día, diseñé para el ejército, un sistema con el que quemar barcos enemigos a distancia... ¡sólo usando espejos! ¡Los enemigos creyeron que era magia! ¡Tendríais*

El reloj avanzaba y no conseguía concentrarse. No había cosa que se le atragantase tanto como aquella espantosa materia. Se distraía con el vuelo de una mosca. Pero como su madre viese que la hoja de problemas seguía sin resolver, era capaz de castigarla sin cenar. Así que no le quedaba otra. Encendió su vieja calculadora Casio, llena de chuletilas hechas a lápiz sobre la tapa, y se puso por fin manos a la obra.